

LUIS DE ZULUETA, VISTO POR JUAN ROURA-PARELLA

Isabel VILAFRANCA MANGUÁN y Conrad VILANOU TORRANO
Universidad de Barcelona

Fecha de aceptación de originales: Febrero de 2003

Biblid. [0212-0267 (2002) 21; 287-305]

Introducción

LA INFLUENCIA de la Institución Libre de Enseñanza sobre Cataluña cobra cada vez más relieve. Los vasos comunicantes entre Madrid y Barcelona —y viceversa— fueron constantes sobre todo a partir de la amistad sellada entre Francisco Giner de los Ríos y el poeta Juan Maragall. Las relaciones entre Juan Roura-Parella (1897-1983) y don Luis de Zulueta (1878-1964), nacido en Barcelona, hay que interpretarlas desde esta perspectiva. A pesar de la diferencia de edad y de la condición de maestro que adopta Zulueta ante Roura-Parella, ambos personajes —que coincidieron en más de una ocasión— se caracterizan por un talante abierto, tolerante y cosmopolita. Y aunque participan de una misma filosofía de base —que hunde sus raíces en la tradición krausista—, lo cierto es que su actitud vital es bien diferente. En efecto, el retraimiento de Zulueta contrasta con el activismo de Roura-Parella aunque ambos responden al cariz de honestidad y austeridad propios de la Institución Libre de Enseñanza. Sus vidas constituyen dos líneas paralelas. Nacidos ambos en Cataluña desarrollaron un activa vida intelectual que les llevó a diferentes lugares, coincidiendo en Madrid, cuando Roura-Parella era alumno de la Escuela Superior de Estudios del Magisterio, y en Berlín, cuando Zulueta era embajador durante los primeros compases del nacional-socialismo. Precisamente el texto que más adelante reproducimos —y que hemos encontrado entre los manuscritos de Juan Roura-Parella que su viuda legó a la Universidad de Barcelona a través del profesor Bermudo Ávila— nos da un perfil de Luis de Zulueta que recuerda, a grandes rasgos, la descripción que Galdós hizo de los krausistas en su novela *El amigo Manso*. Sea como fuere, lo cierto es que las afinidades entre Roura-Parella y Zulueta nos permiten participar de ese ambiente

intelectual y mundano que profesaron los hombres formados a socaire del magisterio de la Institución Libre de Enseñanza y que se distinguieron —como hicieron Zulueta y Roura-Parella— por mantenerse fieles a unas convicciones ético-morales enraizadas en el interior de su propia conciencia.

Semblanza biográfica de Juan Roura-Parella

Para muchos el nombre de Juan Roura-Parella, nacido en Tortellá (Gerona) en 1897 y fallecido en Middletown (Estados Unidos) en 1983, dice pocas cosas o casi nada. En realidad se trata de un autor poco conocido que, a pesar de la brillantez y sistematicidad de su pensamiento pedagógico, ha dejado —por causa del exilio de 1939— un rastro muy tenue en España¹. De la misma manera que Unamuno y Machado forman parte de la generación de 1898 y Ortega y Gasset y Eugenio d'Ors de la generación de 1914, Roura-Parella se inscribe en lo que Jordi Maragall ha llamado generación de 1932². De hecho Roura-Parella participó junto a su maestro y amigo Joaquín Xirau en la puesta en marcha de la Sección de Pedagogía de la Universidad de Barcelona que se integró en la *Facultat de Filosofia i Lletres i Pedagogia*. La instauración de esa nueva facultad se inscribe en el sugestivo proyecto de reforma universitaria que protagonizó la Universitat Autònoma de Barcelona bajo el rectorado del profesor Pedro Bosch y Gimpera (1933-1939). Sin embargo, la Sección de Pedagogía —inaugurada en 1933 después de actuar durante algunos años a modo de Seminario— fue clausurada en 1939. Su restauración no se produjo hasta mediados de los años cincuenta gracias a los buenos oficios del profesor Pedro Font y Puig que ya había colaborado —desde su cátedra de Psicología— en aquel primitivo Seminario que había sido una creación personal de Joaquín Xirau.

Sin desdeñar otras facetas de la dimensión intelectual de Roura-Parella, lo cierto es que su trayectoria personal e intelectual se caracteriza por una inequívoca vocación pedagógica. Después de cursar magisterio en Gerona (1913-1917) continuó sus estudios en la Escuela Superior del Magisterio (1919-1923) de Madrid. En la capital de España a la que llegó en 1917 se familiarizó —a instancias de su maestro Cassià Costal— con el ambiente liberal del Ateneo de Madrid y de la Institución Libre de Enseñanza, siguiendo los cursos de Pedagogía que impartía Cossío, entonces responsable de la única cátedra universitaria de Pedagogía en España. Como buen humanista frecuentó las clases de la Facultad de Filosofía, atendiendo las explicaciones de Ortega y Gasset, de Simarro y de Juan Zaragüeta, quien influyó decididamente en su vida.

El año 1923 fue destinado a la Escuela Normal de Las Palmas de Gran Canaria donde permaneció hasta 1930, pasando en aquella ciudad —según confiesa en su correspondencia privada— los años más felices de su vida. Mientras tanto completa su formación intelectual y profesional ya que sigue en Madrid, entre noviembre

¹ ABELLÁN, José Luis: *Filosofía española en América (1936-1966)*, Madrid, Guadarrama, 1966, pp. 274-279.

² MARAGALL, Jordi: «La generació filosòfica de 1932», *Revista de Catalunya*, n.º 2 (noviembre 1986), pp. 49-59.

y diciembre de 1928, el curso para la formación del personal de Oficinas de Orientación Profesional, que le merecerá la dirección de la Oficina de Orientación Profesional de Las Palmas de Gran Canaria. Aquel mismo año de 1928 había acudido a Ginebra —ciudad que ya había visitado en 1919— donde siguió diversos cursos de verano organizados por distintas organizaciones internacionales.

Durante el período 1930-1932 marcha, becado por la JAE (Junta para Ampliación de Estudios), a Berlín con el fin de estudiar pedagogía. En la capital berlinesa disfrutó de un extraordinario cuadro de profesores (Rupp, Spranger, Sombart, Köhler, Hartmann, Dessoir, etc.), decantándose por el cultivo de las ciencias del espíritu, lo cual reportó un cambio en la orientación de su carrera intelectual hasta entonces regida por un cariz marcadamente científico. Durante aquellos dos años en Alemania —época convulsa que significaba el fin de la república de Weimar (1919-1933)— se fue introduciendo en la tradición cultural germánica: filosófica (de Kant a Heidegger, sin olvidar Dilthey y Nietzsche), estética (Dessoir), literaria (Schiller, Goethe y, sobre todo, Hölderlin), psicológica (Köhler), sociológica (Sombart, Weber) y pedagógica (de Pestalozzi a Kerschensteiner y Spranger, tratando personalmente a los dos últimos). Tras su regreso de Alemania fue nombrado profesor de la Escola Normal de la Generalitat de Catalunya y de la Sección de Pedagogía de la Universidad de Barcelona, donde dirigió un seminario sobre educación estética. En plena guerra (exactamente el 27 de octubre de 1937) defendió su tesis doctoral sobre las bases científicas de la educación, trabajo dirigido por Joaquín Xirau y que abría las perspectivas para su plena madurez no sólo intelectual sino también personal³.

Lo que pretendía aquella generación intelectual era abordar los problemas que acuciaban la vida humana desde una radicalidad antropológica (Scheler). Para resolver los interrogantes derivados de la crisis imperante (política, económica, científica), Roura-Parella participó de los proyectos que —en aquellas difíciles circunstancias— constituían otras tantas alternativas: el recurso a la educación intentando mejorar la formación del magisterio, la utopía social de la orientación profesional, la espiritualización de la vida a través del mundo de los valores histórico-culturales y, por último, la formación de uno mismo desde una perspectiva antropoplástica bajo la protección de la figura de Goethe que —después de inspirar el talante clásico que presidió la corte de Weimar entre 1780 y 1830— había de conferir un sentido espiritual a la República de Weimar (1918-1933) y, por extensión, a la Segunda República española⁴.

Ciertamente que su producción científica no es muy extensa, aunque fue un incansable trabajador que tradujo varias obras del alemán. Unos cuantos libros y una cincuentena de artículos a lo largo de más de sesenta años de actividad intelectual que se inició en Las Palmas en 1923. Su último título *Tema y variaciones de*

³ Esta tesis se publicó en el exilio mexicano con el título de *Educación y Ciencia* (México, La Casa de España en México, 1940).

⁴ En 1932 se conmemoró el centenario de la muerte de Goethe, a cuya efemérides dedicó un número monográfico la *Revista de Pedagogía* (año XI, n.º 124, abril de 1932) con artículos de Fernando Vela («La vida de Goethe»), de Joaquín Xirau («La concepción del mundo de Goethe») y de Lorenzo Luzuriaga («La Pedagogía de Goethe»), reproduciéndose los fragmentos de la provincia pedagógica de *Los años de aprendizaje* de Wilhelm Meister que adquiriría así el aspecto de una auténtica utopía pedagógico-social.

la personalidad, publicado en México en 1950, constituye la culminación de todo su sistema de modo que, a partir de este momento, sus trabajos empiezan a escasear. Da la impresión de que a estas alturas —es decir, poco después de cumplir los cincuenta años— Juan Roura-Parella se convenció de haberlo dicho todo o de, como mínimo, haber expuesto lo más nuclear y sustancial de su pensamiento.

Al igual que el resto de nuestros exiliados, Roura-Parella hizo de la necesidad virtud lo cual explica —por ejemplo— la gran cantidad de publicaciones que generó durante los primeros años de su exilio⁵. Se trata de trabajos que no sólo dan testimonio de sus posiciones ideológicas sino que sirven —en muchas ocasiones— para subsistir en tiempos de estrecheces. El milagro editorial del Fondo de Cultura Económica —en cuyas tareas colaboró Roura-Parella proponiendo las traducciones de las obras de Dilthey y de la *Paideia* de Jaeger— difícilmente se podría entender sin esta necesidad de sobrevivir materialmente en un mundo que, en plena guerra mundial, veía mermado su potencial económico ya de por sí difícil para cualquier exiliado político.

Una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial (1939-1945), Roura-Parella se percató que las democracias occidentales difícilmente derrocarían el régimen dictatorial del general Franco. A fines de 1944 Roura-Parella decide fijar su residencia en los Estados Unidos, trasladándose primero al Pendle Hill Religious and Social Research Institution de Pensilvania, institución dependiente de la comunidad cuáquera. Fue ésta una estancia corta —inferior a los dos años— ya que en el mes de setiembre de 1946, y gracias a la amistad que mantenía con el profesor Cornelius Krusée —entonces presidente de la American Philosophical Association y del American Council of Learning Societies— pasó al Romance Language Department de la Universitat de Wesleyan (Middletown, Connecticut), donde impartió docencia (Psicología, Humanidades y cultura hispánica) hasta su muerte, siendo nombrado profesor emérito.

Podemos aventurar que el binomio que en Madrid formaron José Ortega y Gasset y Lorenzo Luzuriaga —un filósofo y un pedagogo— se reproduce en Barcelona con Joaquín Xirau y Juan Roura-Parella. Quizás no sea exagerado afirmar que Roura-Parella deviene el «Luzuriaga catalán», de la misma manera que su maestro Cassià Costal ha sido considerado el «Cossío catalán». Además, desde el punto de vista intelectual y personal existen muchas concordancias entre Luzuriaga y Roura-Parella, centralizando sus actividades respectivamente en cada uno de los dos hemisferios de América, Luzuriaga en Sudamérica y Roura-Parella en Norteamérica.

⁵ Roura-Parella salió hacia el exilio en una ambulancia militar junto a otros intelectuales entre los que se encontraban el poeta Antonio Machado y su familia. Joaquín Xirau ha dejado constancia de este accidentado viaje en «Por una senda clara», en *Obras Completas, Escritos fundamentales*, Barcelona, Anthropos, 1998, vol. I, pp. LI-LXI. Este viaje siempre quedó grabado en la memoria de Roura-Parella que fue testigo de excepción de una anécdota que —en medio de la magnitud de la tragedia— da cuenta del calado moral de don Antonio Machado. «Fijo en nosotros está aquel día triste de invierno en que rondándole ya la muerte hemos visto al poeta aguardando, con estoica serenidad, el momento de subir al vehículo que tenía que conducirlo al destierro. Sin prisas, quiso ser el último en subir a la ambulancia. Un hombre de ese temple ha superado la corriente del tiempo y vive ahora desde los dominios de la eternidad».

Cataluña y la tradición institucionista

Gracias a los aportes historiográficos cada día aumenta la información que poseemos sobre las relaciones que mantuvieron Cataluña y la Institución Libre de Enseñanza⁶. Conocida es la amistad que existió entre don Francisco Giner de los Ríos y el poeta Joan Maragall. De hecho, fueron los discípulos del poeta —por ejemplo, Josep Pijoan— quienes prosiguieron estos contactos que perduraron hasta el inicio de la Guerra Civil. Si en un primer momento fue Giner el interlocutor elegido, con el paso del tiempo su lugar fue suplantado por don Manuel Bartolomé Cossío quien ejerció una gran influencia intelectual sobre buena parte de los catalanes que se desplazaban a Madrid ya fuera para seguir en la Universidad Central los estudios de doctorado ya fuese para graduarse en la Escuela Superior de Estudios del Magisterio.

En este sentido cabe destacar, el nombre de Cassià Costal (1876-1937) que ha sido denominado el «Cossío catalán» porque desde su puesto en la Normal de Gerona impulsó a muchos alumnos a que prosiguiesen sus estudios en la capital de España, frecuentando la Institución e incluso —como alumnos libres— las clases de Pedagogía que impartía Cossío. Merced a sus indicaciones muchos fueron los catalanes —y especialmente, los gerundenses— que entraron en contacto con la Institución. De alguna manera existe una sintonía entre los programas del institucionismo y del *noucentisme* catalán, tal como señaló Jordi Maragall: «En aquest aspecte s'ha de reconèixer que la intenció dels noucentistes coincidia amb l'empresa iniciada abans per Giner de los Ríos a la Institución Libre de Enseñanza, malgrat que les realitzacions es diferenciessin pel context social de gairebé tot Espanya respecte al de Catalunya»⁷.

Por tanto, a través de Costal —hombre de la estirpe de Sócrates y de Cossío—⁸, Roura-Parella se acercó a la Institución Libre de Enseñanza e inició su aventura madrileña en la Escuela Superior del Magisterio. En un artículo de homenaje escrito en plena Guerra Civil con motivo del fallecimiento de Costal, Roura-Parella y su amigo Ángel Frigola —ambos discípulos suyos— dejan constancia que su maestro, más allá de tener alumnos, creó escuela. Así se explica, el gran número de gerundenses (Rosselló, Mallart, Roura-Parella, etc.) que (en proporción superior a la de cualquier otra provincia española) pasaron por las aulas de la Escuela Superior del Magisterio⁹.

Bien mirado, se puede establecer una especie de correlación entre Francisco Giner de los Ríos y Cassià Costal, influencia que se prolongó, a través de Cossío, sobre Roura-Parella quien había seguido dos cursos de Pedagogía Superior a partir del año 1917, es decir, antes de ingresar en la Escuela Superior del Magisterio en 1919. Sin embargo, Cossío no fue su primer contacto con la Institución ya que entre los libros de la biblioteca de su padre —un herrero liberal del Pirineo— encontró algunas obras de espíritu institucionista. Roura-Parella debió visitar la

⁶ DELGADO, Buenaventura: *La Institución Libre de Enseñanza en Catalunya*, Barcelona, Ariel, 2000.

⁷ MARAGALL, Jordi: *El que passa i els qui han passat*, Barcelona, Edicions 62, 1985, p. 51.

⁸ Costal evocó de manera emotiva la figura de Francisco Giner de los Ríos desde las páginas del Boletín de la Escola Normal de la Generalitat (*Escola Normal*, any 1, n.º 3 [març 1933], pp. 34-35).

⁹ *El Magisteri Català*, n.º 224 (28 de enero de 1937).

Institución con asiduidad: «Estábamos en 1917. Dos años antes había muerto don Francisco Giner de los Ríos, maestro de Cossío. El maestro vivía en la familia con el discípulo. Vivía también en la casa otro discípulo predilecto de don Francisco: Ricardo Rubio»¹⁰.

En Madrid —ciudad que siempre le encantó— Roura-Parella pasó seis años, los dos primeros preparando las oposiciones de ingreso y los cuatro siguientes como alumno de la Escuela Superior del Magisterio. Frecuentaba diariamente el Ateneo de Madrid en cuya biblioteca leyó las obras primordiales de la literatura española y universal, acudiendo semanalmente al Museo del Prado. No menor interés mostró hacia el teatro que fue el tema predilecto de Goethe en la misión del Meister. Tanto es así que Roura-Parella siempre gustó del teatro que, a través de los diversos personajes, muestra las diferentes facetas o caras que uno toma en su proceso metamórfico de realización personal. Gracias a su talante romántico gestado al pie de los Pirineos, paseaba —imbuido del espíritu institucionista— por la Sierra de Guadarrama que considera «la más hermosa montaña que he conocido en toda Europa y en América», impresión que ratifica en su artículo sobre Giner de los Ríos al señalar que comparte —como él— su amor hacia aquella montaña: «No conozco otro monte (y he trepado muchos en toda Europa y América) que le ganen en majestuosidad, gracia, elegancia, belleza y distinción».

La influencia de Cossío —y por extensión, la figura de Giner y la vida de la Institución— hicieron mella en su quehacer intelectual, habida cuenta que entonces nació, inducido por Cossío, su afición a los estudios platónicos «que nunca he abandonado» y que enfatizó durante su estancia en Alemania profundizando en el *Protágoras*. Con el paso del tiempo, y ya en Berlín, dejará constancia del giro platónico de su filosofía y pedagogía (Scheler, Spranger, Jaeger, Landsberg). Entonces Roura-Parella dirá: «muchas ideas pedagógicas modernas están contenidas en los diálogos de Platón y expresadas con singular belleza»¹¹. Si toda esta vocación platónica surgió del contacto con Cossío, resulta lógico que al recordar en el exilio mexicano la experiencia del Seminario de Pedagogía de la Universidad de Barcelona manifestase lo siguiente:

En el recinto sagrado del Seminario de Pedagogía, en esta comunidad de trabajo saturada de amor y de respeto, hemos querido ver la herencia de un español venerable, gran maestro de la conciencia nacional, D. Manuel Bartolomé Cossío, quien años atrás nos enseñó, con el ejemplo y la doctrina, en él maravillosamente unidos, una alta, difícil y rara virtud: el respeto sagrado a la persona humana¹².

Del espíritu institucionista Roura-Parella aprehendió el sentido moralista —la cuestión social como cuestión moral— y, por ende, pedagógica, planteamiento que —a fin de cuentas— también asumió el grupo de intelectuales catalanes que participaron de la filosofía institucionista, con Joaquín Xirau como paladín. Pero en Roura-Parella no sólo queda patente el talante moralista, sino también la anglofilia —es decir, el sentido liberal y deportivo— de la educación. Roura-Parella

¹⁰ ROURA-PARELLA, Juan: «Francisco Giner de los Ríos. El Pedagogo», *Cuadernos Americanos*, vol. CXXXIX, n.º 2 (marzo-abril 1965), p. 74.

¹¹ No podemos olvidar que el interés por la obra platónica ya se encuentra en Schleiermacher y que, de alguna manera, pervive hasta el siglo XX (Jaeger, Spranger, Xirau) a través de la teoría del *eros* pedagógico.

¹² ROURA-PARELLA, Juan: *Educación y Ciencia*, op. cit., p. XI.

recuerda que «alguna vez oí decir al señor Cossío (y la expresión debía ser verdad de fe en la Institución) que uno de los momentos más memorables de la historia de la educación fue el día en que Arnold se quitó la americana y se puso a jugar con sus alumnos en el patio de su *college*». En opinión de Roura-Parella, el ideario institucionista respeta la individualidad del alumno —el individuo es inefable, único y original—, eludiendo el peligro egocéntrico al postular que el ser humano sólo se explica a través del todo. Ahora bien, no se trata del todo totalitario —ya sea de izquierdas o de derechas— sino de la idea de Humanidad: «Lo universal, lo divino en nosotros nos humaniza».

Resulta evidente que tanto los proyectos de la Institución Libre de Enseñanza, como los del movimiento catalán de renovación pedagógica incoado precisamente en las comarcas gerundenses, constituyen dos de los más importantes hitos de la modernización educativa española. En realidad, se trata de dos acciones convergentes y vinculadas por diversos vasos comunicantes que se remontan al siglo XIX cuando la filosofía escocesa del sentido común influyó, a través del magisterio de Llorens i Barba, sobre Francisco Giner de los Ríos. Además, Serra Hünter —catedrático de Historia de la Filosofía de la Universidad de Barcelona y redactor de los artículos de filosofía de la Enciclopedia Espasa— recuperó la tradición filosófica del sentido común —una filosofía de la vida cotidiana, del esfuerzo de perfección y del cumplimiento del deber, del sentido de responsabilidad que deseaba formar hombres antes que héroes o sabios— que quizás es lo que convenía a una Cataluña que buscaba modernizarse sin grandes estridencias. No el balde el lema del poeta Joan Maragall —en cuyo despacho presidía una fotografía de Giner de los Ríos— era, justamente, *pau i treball* (paz y trabajo). De alguna manera, de la cosmovisión de la escuela del sentido común —convenientemente idealizada por el mismo Serra Hünter— y de la actitud institucionista subyacía una clara voluntad reformista. «El testimoni de Josep Pijoan, Joaquim Xirau i de Joan Roura-Parella es inequívoc»¹³. En realidad, las concomitancias entre Cataluña y el espíritu institucionista no resultan extrañas a tenor de que el nacionalismo catalán ha planteado, por lo general, un proyecto regeneracionista para toda España a través de un autonomismo federalista. Tanto es así que la renovación cultural y pedagógica catalana no puede entenderse sin los estrechos lazos con la Institución Libre de Enseñanza.

Por otra parte, no hay que olvidar que Luis de Zulueta —que en Barcelona había militado en partidos republicanos— sirvió también de puente entre la Institución y Cataluña. En esta tarea de mediación igualmente debió influir —aunque pensamos que en menor medida debido a su posición lerrouxista— don Hermenegildo Giner de los Ríos, hermano de don Francisco y concejal del Ayuntamiento de Barcelona. Ahora bien, la influencia de Zulueta sobre Roura-Parella es definitiva, tal como se comprueba en el texto que seguidamente reproducimos. Roura-Parella destaca las tres facetas —la educativa, la política y la sensual— de la personalidad de don Luis. A la vista del ejemplo de Francisco Giner de los Ríos, Roura-Parella sabe que la cuidadosa formación de todas las manifestaciones de la vida exterior corresponde a la exacta expresión de la vida interior¹⁴.

¹³ MARAGALL, Jordi: *El que passa i els qui han passat*, op. cit., p. 124.

¹⁴ Hacia el final de su vida Roura-Parella reconoce que leyó la *Paideia* de Werner Jaeger «bajo la influencia de las ideas de Giner, libro cuya traducción recomendé en su día al Fondo de Cultura Económica».

Roura-Parella trató a don Luis Zulueta, primero en sus clases de Historia de las ideas pedagógicas en la Escuela Superior del Magisterio y, años más tarde, cuando ocupaba el cargo de embajador en Berlín. Gracias a esta visita, surgió el retrato psicológico que seguidamente reproducimos, a través del cual podemos establecer un puente entre el ideario pedagógico de la Institución y los valores defendidos por la pedagogía de las ciencias del espíritu. En efecto, si examinamos con atención los postulados krauso-institucionistas observamos que coinciden en buena parte con la vocación cosmopolita del neohumanismo idealista y, en lo esencial, con la filosofía de Spranger. Roura-Parella establece una ilación que comienza con Comenio —con su afán de reducir la pluralidad a la unidad, «del mundo a Dios, del alma a Jesucristo como dice Spranger»—.

El proyecto institucionista se incardina perfectamente en el propósito universalista de Comenio que apuntaba, desde la pequeña unidad de los hermanos moravos, a la gran unidad de la humanidad. De ahí que Roura-Parella estableciese la siguiente concatenación de nombres: de Comenio a Krause, de Krause a Sanz del Río y de Sanz del Río a Francisco Giner de los Ríos y los hombres de la Institución Libre de Enseñanza. De hecho, esta filosofía universalista y humanitaria coincidía con el pensamiento de Roura-Parella que así insertaba su sentimiento catalán en el conjunto de la humanidad. En realidad, tal planteamiento ya había sido formulado por el idealismo alemán, especialmente por Herder que ensalza al pueblo alemán pero sin perder de vista la idea de humanidad. A fin de cuentas, así lo propone —según Roura-Parella— Zulueta que conjuga su amor al pueblo español y a la Humanidad, es decir, la armonización entre el espíritu patrio y la vocación cosmopolita.

Es obvio que se da una cierta sintonía entre el retrato de Galdós en *El amigo Manso* de los institucionistas y el que se deduce de la descripción que nos hace Roura-Parella de los personajes que trató directamente (Cossío, Zulueta) o conoció indirectamente a través de sus amigos y discípulos (Giner de los Ríos). Roura-Parella saca a colación una sentencia de Séneca —«ser libre es servir a Dios»— que pone de manifiesto ese sentido austero y moralista que rememora el arraigado estoicismo de los institucionistas, una actitud que exigía un proyecto educativo abocado a la forja de hombres. «Su principal interés no era el saber sino hacer de un hombre lo que antes no era». Desde esta perspectiva no extraña que Roura-Parella participase de los valores de la religiosidad cuáquera que además que ser compatibles con la idea de Dios profesada por los institucionistas, perseguían la comunión de todos los hombres —esto es, de la Humanidad— a través del amor fraterno, asumiendo la posibilidad de una alianza universal de la humanidad¹⁵.

Del perfil psicológico que Roura-Parella traza de Zulueta se desprenden algunas dimensiones que nos dan, a su vez, un retrato del mismo Roura-Parella que, al hacernos la descripción de quien fue su maestro, proyecta igualmente aspectos de su propia personalidad. Desde la perspectiva política, el talante de Zulueta se diluye en un idealismo pedagógico de reminiscencias platónicas. Roura-Parella considera que «para Zulueta la política era una especie de alcaloide de la educación, una potente palanca para mejorar a la colectividad imponiéndole su propia orientación valorativa, su ideal de vida». Así nos sustraemos a la política de bajo

¹⁵ ROURA-PARELLA, Juan: «L'experiència religiosa dels cuàquers», *Lletres*, Mèxic, 6 (1945), pp. 17-20.

techo, a las miserias e intrigas de una actividad que se mueve a menudo entre la ciénaga de las corruptelas. Se trata de un idealismo de libertad que exige —como hacía Fichte— el cumplimiento de la moralidad no sólo en el plano individual sino en su dimensión intersubjetiva y, por tanto, en el reconocimiento del otro que nunca puede ser un medio para conseguir los propios intereses porque por encima de los objetivos egoístas se yerguen los valores de la humanidad.

Quizás, para ilustrar la presencia de la ILE en Cataluña, nada mejor que recordar unas palabras de Roura-Parella que se preguntaba, desde el exilio americano, qué había quedado de aquellas enseñanzas. Su respuesta era concisa y directa porque Roura-Parella comenta que Cossío solía afirmar que «educación o cultura anímica es lo que queda cuando no queda nada». Esto es, precisamente, lo que legó la Institución a Cataluña, una cultura del espíritu, una forma dinámica de búsqueda constante, un modo de pensar y de abordar los problemas educativos, en definitiva, el tenaz entusiasmo por los valores ideales que también en el Principado se compartieron de manera ilusionada y de los que participó —qué duda cabe— Juan Roura-Parella y buena parte de la generación republicana¹⁶.

Luis de Zulueta, notas para una biografía

Pocas novedades podemos añadir a la extensa y exhaustiva biografía de Luis de Zulueta, expuesta por Victoria Robles Sanjuán en su tesis doctoral¹⁷. No obstante, realizaremos un fugaz recorrido por los hitos más significativos que configuran la vida del primer catedrático de Historia de la Educación en España, de este militante republicano y comprometido reformista. Luis de Zulueta fue el segundo hijo del fecundo enlace entre Juan Antonio Zulueta y Fernández y María Dolores Escolano y de la Peña. Nació en Barcelona en 1878 si bien, como su apellido indica, su procedencia era vasca. Su acomodada familia le llevó a aprender las primeras letras en un colegio particular de la calle Caspe, llamado «Colegio de San Luis Gonzaga para señoritos de familias distinguidas». Cursó segunda enseñanza en el «Colegio del Sagrado Corazón» de los jesuitas, sito asimismo en la calle Caspe. Allí conoció a su inseparable amigo Eduardo Marquina¹⁸. La repentina muerte de su padre no le permitió finalizar el bachillerato de modo que se vio

¹⁶ Por ello no ha de extrañar que esos mismos discípulos contribuyesen a mantener viva, desde la diáspora, la memoria de sus maestros: el libro de Xirau sobre Cossío y la educación en España (México, 1943), así como el extenso artículo de Roura-Parella sobre Giner (*Cuadernos Americanos*, 1965) confirman esa predilección por un estilo de pensar y educar, por una manera de moralizar a la humanidad, es decir, por ese deseo inquebrantable de formar conciencias en un ambiente de libertad.

¹⁷ ROBLES SANJUÁN, Victoria: «El exilio americano de un intelectual político: Luis de Zulueta y Escolano (1878-1964)», en MANCEBO, M.^a F.; BALDÓ, M. y ALONSO, C. (eds.): *L'exili cultural de 1939. Seixanta anys després*, Valencia, Universitat de València/Fundación Max Aub, 2001, vol. 1, pp. 669-675. Si bien este escrito no contempla todos los aspectos de la tesis doctoral constituye una excelente introducción biográfica al exilio de Zulueta.

¹⁸ Así describe Marquina su círculo intelectual de amigos: «Fue con el tiempo mi estudio. Allí me reunía a diario, los últimos años del siglo XIX, con tres muchachos aproximadamente de mi edad: Luis de Zulueta, José Pijoan y Joaquín Torres García. A su hora, que ya va acercándose, intimaremos con ellos. Zulueta ha sido ministro de Instrucción Pública y el último embajador de la república en el Vaticano...», MARQUINA, Eduardo: *Días de Infancia y adolescencia*, Barcelona, Juventud, 1964, p. 94.

obligado a trabajar en la banca para auxiliar a su familia. No por ello relegó su inquietud literaria. Antes al contrario, siguió participando, junto a Marquina, en unas reuniones literarias de la «Congregación de San Luis Gonzaga y de la Inmaculada».

Pronto a estos dos amigos se unió José Pijoan, discípulo de Giner y Cossío y que —con el paso del tiempo— había de promover la famosa *Summa Artis*. Dicho círculo, al que también se incorporaría Maragall, se iría acrecentando hasta la publicación de una revista conjunta llamada *La Luz*, de corte modernista. Los escritos de nuestro biografiado se remitirían, ya en las postrimerías del XIX, a *La Publicidad*, periódico republicano dirigido por Lerroux. Fue, precisamente, un artículo de este periódico dedicado a «La prudencia de León XIII» (26 de julio de 1903) el que llamaría la atención de Miguel de Unamuno. El rector de la Universidad salmantina escribe al barcelonés y así da comienzo una retahíla de epístolas intelectuales hoy contenidas en la obra *Cartas 1903-1933*, publicadas por su hija Carmen de Zulueta¹⁹.

En *La Publicidad* colaboran conocidos autores como Salmerón, Joaquín Costa, Hermenegildo Giner, Alfredo Calderón, impregnados del espíritu humanístico-social institucionista. Entre ellos Zulueta se siente manco, la brusca ruptura de su trayectoria académica le martiriza. Solícito de formación acude a Unamuno quien se convierte provisionalmente en su mentor. Así en 1903, impulsado por el rector salmantino, viaja a Ginebra y París. Instigado por su inquietud intelectual al año siguiente se marcha a Bruselas, pasando por Lovaina, Gante, Amberes y Brujas. En mayo de 1904 ya está en Berlín, y allí entra en contacto con un núcleo de institucionistas constituido por discípulos de Francisco Giner²⁰.

Durante su estancia en Alemania comienza a determinarse un perfil germanófilo que, igual que en Roura-Parella, hará mella en su pensamiento. Sus colaboraciones en *La Publicidad*, bajo el título «Desde el corazón de Alemania», dejan entrever lo maravillado que está por este país. En una carta a Unamuno escribe el joven Zulueta: «Más tarde iré a la ciudad de Weimar y al castillo de Wartburg, junto a Eisenach, tan célebre por Lutero»²¹. Este breve fragmento manifiesta su voluntad por conocer Alemania en profundidad, dejándose imbuir por su modernidad.

En diciembre de 1904 ya vuelve a estar en Berlín, a la par que lee a Kierkegaard, por recomendación de su tutor salmantino, asistiendo a unas clases de Ética de Simmel. Fruto de esta admiración por Alemania escribirá en 1914:

También Alemania, y acaso más que ningún otro pueblo, ha aportado sus elementos peculiares a la civilización presente. ¿Quién ignora lo que representan un Kant, o un Fichte, un Goethe o un Schiller, un Lessing o un Herder? ¿Quién olvidará aquella dulce Germania de la corte de Weimar y la universidad de Jena, la Germania de las artes, de «las luces» y del nuevo humanismo?²².

¹⁹ ZULUETA, Carmen de: *Cartas (1903/1933). Miguel de Unamuno, Luis de Zulueta*. Recopilación, prólogo y notas de Carmen de Zulueta, Madrid, Aguilar, 1972.

²⁰ Así relata Zulueta, en una epístola dirigida de Unamuno el 19 de mayo de 1904, esta coincidencia: «Aquí estoy en relación con tres jóvenes españoles, dos de ellos abogados y el otro catedrático de Medicina en la Universidad de Santiago, discípulos todos de Don Francisco Giner de los Ríos. Creo que me hará bien este poco de patria» (ZULUETA, Carmen de: *Cartas (1903/1933)*, op. cit., p. 16).

²¹ *Ibid.*, p. 78. Carta escrita desde Geresthal fechada en 17 de agosto de 1904.

²² ZULUETA, Luis de: «Patriotismo europeo», *La Publicidad*, Barcelona, 1914, citado por ZULUETA, Carmen de: *Luis de Zulueta, Artículos (1904-1964)*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1996, p. 41.

Tras esta peregrinación intelectual vuelve a su ciudad natal en junio de 1905. Y el julio siguiente ya realiza los exámenes finales para la obtención del grado de Bachiller. Su vinculación en política se produjo casi de forma fortuita. Sin discutir mucho se ve inserto en las listas del partido *Fraternidad Republicana* liderado por Alejandro Lerroux. Tras el triunfo de éste en el Ayuntamiento, Zulueta se desplaza a Madrid, eludiendo su compromiso con el partido. Se recluye en el asilo de Ancianos de El Pardo, y en Madrid entrará en contacto con su maestro definitivo: Francisco Giner de los Ríos. En este momento comienza su andadura institucionista. Ese mismo año de 1905, inicia sus estudios de Filosofía y Letras en Salamanca. Tras los exámenes de junio de 1906, se incorpora a las Colonias Escolares en San Vicente de la Barquera, organizadas por la Corporación de antiguos alumnos de la Institución Libre. Llegado septiembre finaliza la carrera en la Universidad de Madrid.

Inicia su docencia en la Institución Libre durante el invierno, y en verano reincide como monitor en San Vicente de la Barquera, donde conoce a la que sería su futura mujer, Amparo Cebrián. Posteriormente, en 1910 Zulueta se doctora en la Universidad de Madrid con una tesis sobre la pedagogía de Rousseau, obteniendo a la sazón el premio extraordinario. Entre tanto Giner y Cossío han impulsado la creación de una Escuela Superior de Estudios del Magisterio (1909-1932) donde se forman los inspectores de enseñanza y los profesores de Escuelas Normales²³. En esta institución Zulueta ocupará, por oposición, la cátedra de Pedagogía e Historia de la Pedagogía, siendo aquí donde Roura-Parella entró en contacto con él.

Paralelamente se conforma un partido de liberales bajo el epígrafe *Agrupación Republicana*, buena parte de los cuales son krausistas. Entre sus filas milita Zulueta. Posteriormente se dará en llamar *Partido Reformista*, cuya presidencia asume Gumersindo de Azcárate. En este nuevo partido se alistan buena parte de los más significativos institucionistas: Fernando González, el mismo Azcárate, Fernando de los Ríos, Juan Uña, etc. Zulueta, en 1914, en calidad de diputado forma parte de la Junta Nacional y desempeña la secretaría general del partido. Pese a su apretada agenda política sus publicaciones no cesan. Sus disertaciones se insertan en múltiples publicaciones desde *La Publicidad*, *El Sol* o *El Liberal* en el terreno político hasta la *Revista de Pedagogía*, el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* o la *Revista de Occidente* en la vertiente filosófico-pedagógica.

El panorama gubernamental comienza a enturbiarse y los políticos de izquierdas solicitan una reforma constitucional que recorte el absolutismo del monarca, interpelando por un giro democrático. Esta situación desemboca en la dictadura de Primo de Rivera (1923-1930), que corta de cuajo su carrera de político republicano. Zulueta ha devenido, por entonces, en un referente intelectual y viaja a Hispanoamérica, invitado por Cuba y Méjico.

Cuando sobreviene la Segunda República Zulueta se encarga de la Cartera de Estado, que ocupará entre 1931 y 1933. Posteriormente es embajador en Berlín, durante los años 1933 y 1934, época en la que lo visita Roura-Parella probablemente con ocasión del viaje realizado a Praga para asistir al Congreso Internacional de

²³ MOLERO PINTADO, Antonio y POZO ANDRÉS, María del Mar: *Un precedente histórico en la Formación Universitaria del Profesorado Español. Escuela de Estudios Superiores del Magisterio (1909-1932)*, Madrid, Universidad de Alcalá de Henares, 1989.

Filosofía (septiembre de 1934). Fue en aquellos años cuando Zulueta trató a Hitler, de quien nos ha dejado un fino retrato personal así como un pormenorizado análisis de las técnicas de manipulación utilizadas por el nacional-socialismo²⁴. Después de representar los intereses de España ante la cancillería del Führer, defendió los intereses de la Segunda República en el Vaticano durante el año 1936, hecho que deja patente su inclinación cristiana. Ese mismo año se exilia en Colombia, primero, ocupando una cátedra en la Universidad de Bogotá para más adelante instalarse definitivamente en Nueva York donde reside hasta 1964, año de su fallecimiento.

El pensamiento de Zulueta, una pedagogía de signo idealista

Sabido es que la Segunda República española recogió y condensó los principios educativos fermentados a lo largo de la modernidad, y en particular los del primer tercio de siglo XX. La apertura intelectual propiciada por la Junta para la Ampliación de Estudios (1907-1936), creada a socaire de la Institución Libre de Enseñanza, dejó penetrar en España modernizaciones acaecidas en el pensamiento europeo contemporáneo. De entre estos avances, en materia educativa cabe destacar la introducción del neokantianismo natorpiano de la mano de la generación del 14. Liderada por Ortega y Gasset, estos autores se desplazaron a Marburgo para conocer en profundidad la Pedagogía Social de Natorp de raíces luteranas y, por ende, puritanas.

Entre el listado de estos autores de la generación de 1914 destacan: María de Maeztu, García Morente, Luis de Zulueta, Julián Besteiro, Sánchez Sarto, Lorenzo Luzuriaga y Eugenio d'Ors. Los postulados aportados por estos autores, que se interesan por el neokantismo, suponen un giro epistemológico hacia el idealismo en detrimento del realismo herbartiano. No es extraño que Marburgo, feudo del protestantismo y con escaso arraigo del tomismo, fuera la Meca para quienes tenían inquietudes idealistas. El neokantismo pretendía liberarse del materialismo y del positivismo, pujando por una filosofía trascendental²⁵ que superara el idealismo absoluto hegeliano²⁶.

Este giro idealista, propiciado por un retorno al platonismo, tuvo honda repercusión en la educación dejando sentir su influencia especialmente en el campo de la pedagogía social. Tanto es así que la pedagogía social no se configura como una rama específica de la pedagogía, sino que como la define la propia María de Maeztu depende del todo:

Conviene advertir que la pedagogía social no es una parte más o menos importante de la pedagogía en general, sino más bien una comprensión determinada y especial de

²⁴ ZULUETA, Luis de: «Mis recuerdos del Führer», *Cuadernos*, París, 7 (julio-agosto 1954), pp. 59-63.

²⁵ Una filosofía trascendental no es únicamente la que admite elementos *a priori*, sino que es aquella que aceptando que el conocimiento universal y necesario remite reflexivamente a la razón del hombre, deduce que ésta es causa de objetividad del fundamento y del ser. Esto es, retrotrae lo fundamentado al fundamento. Véase al respecto: RÁBADE, Sergio: *La estructura del conocer humano*, Madrid, G. Del Toro, 1985 (3.ª ed.).

²⁶ Véase a este efecto la descripción sobre el ambiente intelectual de Marburgo que se ofrece en el prólogo de NATORP, Pablo: *Pedagogía social*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2001.

todo su problema, que consiste en considerar la comunidad (no el individuo) como el fundamento esencial del medio y fin de la educación. De aquí surge una relación estrecha entre educación y comunidad y un doble influjo de ayuda sobre ésta y viceversa²⁷.

Lo que prevalece (como ya habíamos observado en la pedagogía de Roura-Parella), no es el bien individual, sino el de la comunidad. Esto es, la educación es contemplada como fenómeno social que busca la perfección de la humanidad —el ideal de la humanidad (Comenio, Lessing, Krause) a través de la humanización del individuo. Para estos autores, como ya lo había preludiado el krausismo, el hombre encuentra sus límites en la humanidad; puesto que sólo en virtud de ésta el hombre llega a ser «hombre». Esta tendencia fue introducida por la generación del 14, entre cuyas filas se inscribe Zulueta. Si bien no tenemos noticias de que viajara a Marburgo, su pensamiento hunde sus raíces en el idealismo de la teoría del conocimiento kantiana. A propósito de legitimar la subyugación del ideal individual al ideal colectivo, escribe el autor barcelonés:

Si el pedagogo quiere guiar a sus discípulos hasta el sumo ideal humano, asequible para cada uno de ellos, y si se propone el político conducir a su pueblo hasta el mayor ideal posible para éste y que este mismo se haya formado, parece absurdo entonces separar la realización de los ideales humanos individuales de la realización del ideal humano colectivo²⁸.

Antropología y educación van íntimamente vinculadas en la obra zulueta así como en la filosofía de Roura-Parella. La actividad del hombre encuentra sus límites en la humanidad, y humanidad es sinónimo de perfección, para ambos autores. Zulueta deviene, bajo esta perspectiva, en el referente pedagógico español idealista por excelencia. Es propulsor del giro copernicano que sufre la educación hacia el idealismo, distanciándose del realismo feroz y dogmático que había ido adoptando la educación decimonónica. Él mismo denunciará este estancamiento pedagógico:

Todos los grandes literatos del XVIII fueron moralistas, los del XIX psicólogos, aquéllos se proponían mejorar la humanidad; éstos retratarla. (...) Podemos decir que el siglo XIX ha dado un paso de gigante en cuanto al conocimiento de la realidad. Los incomparables progresos de la Física y de la Mecánica son buena prueba de ello. Pero, en cuanto al ideal, se ha contentado con llevar a la práctica algunas de las generosas ideas del siglo XVIII. Un Lessing o un Schiller nos parecen hoy algo ingenuos, fantásticos, pasados de moda como sus casacas. Y, sin embargo, el tipo ideal de hombre que guardaban en su corazón, ¿ha sido, por ventura, superado?²⁹.

El denominador común de la generación del 14 es, precisamente, la denuncia al realismo herbartiano que se había ido apropiando de la educación, haciendo de él un uso reduccionista. Con ellos, se fermenta una pedagogía a merced de la teoría del conocimiento kantiana aspecto que, en cierto modo, ya había preludiado el krausismo. Bien mirado, la diferencia esencial entre el realismo y el idealismo radica en que mientras el primero sostiene que son las cosas quienes determinan las ideas, el segundo aboga porque son las ideas quienes transforman las cosas. Toda la historia

²⁷ MAEZTU, María de: «Pedagogía Social», *Estudio*, Barcelona, 26, año III (febrero de 1915), p. 361.

²⁸ ZULUETA, Luis de: *El ideal en la educación*, Ediciones La Lectura, Madrid, Colección Ensayos Pedagógicos, sin fecha, p. 9.

²⁹ *Ibid.*, pp. 14-15.

del pensamiento anterior a la modernidad se ciñe al realismo ingenuo de base aristotélica. El realismo se asentaba sobre un sujeto pasivo cuya actividad cognoscente era mera asimilación. Esto es, la semejanza entre el objeto conocido y el pensamiento³⁰. El saber era un saber de representaciones, idénticas al objeto, en el que el sujeto padecía las impresiones externas transmitidas por la experiencia sensible. En definitiva, lo que trasciende en la relación cognoscente sujeto-objeto es el segundo.

La modernidad supuso, en este aspecto, un avance radical puesto que a este sujeto sustancial le sucede un sujeto trascendental. De hecho, el paso definitivo del sujeto sustancial al sujeto trascendental es llevado a cabo de la mano de Kant. Descartes ya había postulado una *res cogitans* más allá del mero conocer por exterioridad, sin embargo el sujeto trascendental kantiano no está tan cerrado en sí mismo como sostenía el primero. El sujeto trascendental kantiano está a caballo entre el racionalismo y el empirismo, dado que es capaz de juicios sintéticos *a priori*, independientes de toda experiencia sensible, y juicios sintéticos *a posteriori*, formulados después de ésta. Por tanto el sujeto trascendental tiene pensamiento e intuición. Y como tal es núcleo de responsabilidad del conocimiento y condición de posibilidad de la objetividad. Esta nueva forma de concebir al sujeto cognoscente determinará un giro epistemológico educativo, puesto que el discente ya no es mera pasividad, sino que debe proyectar sus intuiciones sobre el mundo real. A saber, es radicalmente activo.

Quien realiza, dentro de la pedagogía, este giro es Pestalozzi. El autor suizo propone como puente entre lo real y lo ideal, la intuición³¹. Pero su *Anschauung* (intuición) no significa inmediatez, sino que el conocimiento es procesual, mediato. «En la intuición, no es el alumno como una cámara oscura que refleja los objetos exteriores, sino más bien como una linterna que proyecta sus ideas», dirá Zulueta³².

No resulta extraño, pues, que Pestalozzi constituya el referente intelectual del idealismo en educación. Para este autor, como el propio Natorp describe, la intuición es una facultad radicalmente activa, capaz de proyectarse sobre la experiencia sensible, como primer eslabón hacia la idea³³. La intuición es específicamente humana y permite al sujeto la elaboración de la «idea» mediante la abstracción de los accidentes de la realidad, ya que sólo a través de ella es capaz de captar las leyes que rigen la naturaleza empírica³⁴.

³⁰ Aristóteles postula un sujeto cognoscente fragmentado en facultades-potencia, y por tanto, el conocimiento se da a través de formas y por formas. Su teoría del conocimiento, también denominada teoría isomórfica, puede encontrarse en el tratado *Acerca del alma* (Madrid, Gredos, 1988).

³¹ Cabe decir que el propio Zulueta arguye que el primer autor en pedagogía que habla de intuición es Comenio. Así lo legitima: «Un estudiante de pedagogía nos dirá en seguida que Comenio es el padre de la intuición, el precursor de la moderna didáctica que antepone las cosas reales a las vanas palabras y que quiere que la enseñanza siga, paso a paso, la marcha de la naturaleza. Todo eso, efectivamente, es Comenio (...)». Véase al respecto: ZULUETA, Luis de: «Juan Amos Comenio: Didáctica Magna, versión directa del latín por S. López Peces, Madrid: ediciones Reus», *Revista de Occidente*, Madrid, VI, tomo II (1923), p. 120.

³² ZULUETA, Luis de: «Pestalozzi, fundador de la escuela popular», *Revista de Pedagogía*, 62, año VI (febrero de 1927), p. 61.

³³ NATORP, Paul: *Pestalozzi. Su vida y sus ideas*, Barcelona, Labor, traducción de Sánchez Sarto, sin fecha, p. 79. Natorp describe cómo para Pestalozzi la intuición es el «fundamento absoluto de todo conocimiento».

³⁴ Luzuriaga afirmará en esta dirección «El medio esencial de la educación intelectual es la intuición. Por ésta no ha de entenderse la mera visión pasiva de los objetos, la contemplación de las cosas, sino la actividad de nuestro espíritu, por la cual son creados los objetos mismos. La intuición refiere, una las formas de nuestro pensamiento a sus contenidos, sean de orden material o ideal. Es el conocimiento

A partir de Pestalozzi, la teoría de la educación describirá el proceso de construcción del conocimiento en clave intuitiva. Zulueta retoma a Pestalozzi, abogando por el idealismo a fin de derrocar definitivamente el realismo dogmático³⁵. Así formulará su voluntad:

Para Pestalozzi, que primero sin saberlo y luego a sabiendas, fue un kantiano en la teoría del conocimiento, el método intuitivo no era realista sino esencialmente idealista. Las cosas servían únicamente de peldaño para elevarse hasta «las nociones claras». Pero el realismo pedagógico del siglo XIX ha entendido las «lecciones de cosas» como una enseñanza meramente objetiva³⁶.

En conclusión, Zulueta aboga por un renacer idealista que debe impregnar todas las prácticas educativas. La pedagogía idealista debe elevar la educación hacia el tipo superior del hombre que hay que despertar en la conciencia de cada uno, desmarcándose del realismo decimonónico.

Luis de Zulueta compendió su proyecto idealista en su obra *El Ideal en Educación*, que a nuestro modo de ver constituye su *ackmé*. Introduce esta obra afirmando que el hombre es un animal idealista, esto es: «Su naturaleza constituye una realidad biológica análoga a la de otros animales, pero que contiene en sí mismo la idea de un patrón, modelo o dechado, cuyo valor consiste precisamente en superar a esa realidad y, en cierta manera, contradecirla»³⁷.

Esta particular concepción antropológica supone que el ser humano se inscribe en la línea del *deber ser*, superando el *es*. Su vida es, en consecuencia, continuo progreso hacia su ideal, hacia el *deber ser*. También la filogénesis, de forma paralela a la ontogénesis, lleva a la humanidad hacia un ideal sumo. Y este progreso no es otro que la adaptación de la realidad al ideal. Por tanto superar el realismo es, para Zulueta, tender hacia la perfección que constituye el ideal. Pero, como habíamos avanzado previamente, el ideal colectivo está por encima del individual. De esta forma la pedagogía, al igual que la política, debe concebir un ideal colectivo sobre el cual configurar la diversidad de ideas individuales. Y para legitimar su idealismo, propuesto sobre la base de la pedagogía social natorpiana y la educación popular pestalozziana, arguye Zulueta: «Humanidad de cada hombre es, en su conjunto, desarrollar la humanidad. Así el espíritu de la educación popular es: el anhelo de redimir al pueblo, en conjunto, en su totalidad, desarrollando la humanidad en cada hombre, sin excepción, y haciendo llegar hasta las masas más humildes todo lo esencial del saber y de la cultura»³⁸.

mismo su actuación o realización. Este conocimiento puede reducirse a las tres formas elementales del número, la forma y la palabra, que son productos de la inteligencia creados por intuiciones maduras, y que han de considerarse como medios para la precisión progresiva de nuestros conceptos» (LUZURIAGA, Lorenzo: *Antología de Pestalozzi*, Madrid, Publicaciones de la Revista de Pedagogía, 1931, Introducción, pp. 12-13).

³⁵ En su artículo dedicado a Pestalozzi titulado «Pestalozzi, fundador de la escuela popular», en *Revista de Pedagogía*, escribe: «La intuición, para Pestalozzi, es una creación interna. El trabajo sería la creación exterior. La intuición pestalozziana no significa receptividad por los sentidos, pasiva observación, muertas lecciones de cosas. Intuir es pensar. Sólo que no es pensar en abstracto, en el vacío, sino pensar mediante la percepción de los objetos, en la percepción de los objetos» (ZULUETA, Luis de: «Pestalozzi, fundador de la escuela popular», *op. cit.*, p. 61).

³⁶ ZULUETA, Luis de: *El ideal en la educación*, *op. cit.*, p. 17.

³⁷ *Ibid.*, p. 7.

³⁸ ZULUETA, Luis de: *La democracia educadora*, Conferencias pronunciadas por Luis de Zulueta en el salón de actos de la Fraternidad Republicana, Barcelona, La Neotipia, sin fecha.

Pero el idealismo educativo zuluetano no se conforma, simplemente, con la formulación de un ideal de humanidad, sino que se conjuga como paraguas de un liberalismo educativo. Esto es, la base de la educación es la libertad y la única forma de afianzar la democracia es contemplando este principio. La libertad interior, en consonancia a su teoría del conocimiento zulueta, es condición de posibilidad de la educación, puesto que sólo con la proyección del sujeto hacia el exterior puede darse el conocimiento. Este sentido centrífugo es también un pretexto con el que derrocar el realismo, que propone la dirección inversa.

Una vez estudiadas las semblanzas biográficas de sendos autores, y las concomitancias de sus orientaciones pedagógico-políticas, sólo nos queda reproducir el retrato que Juan Roura-Parella trazó de Luis de Zulueta, a propósito de una visita del primero al que fuera embajador de España en el Berlín nacional-socialista.

Luis de Zulueta Escolano

Introducción

En una novela corta, *La glace à trois faces*, Paul Morand presenta con una fineza psicológica que fascina al lector, a una mujer con tres caras diferentes que revelan aspectos distintos condicionados por la circunstancia, de su personalidad. Yo quisiera presentar aquí brevemente tres caras de la rica personalidad de Zulueta del mismo modo como Platón nos da una imagen del hombre en el Fedro en tres niveles distintos simbolizados por dos corceles y el auriga. Éstas son las tres caras de Zulueta: el maestro, el político y el hombre de pálida sensualidad. Mientras en la mujer de Paul Morand las tres caras carecen de conexión las de Zulueta están estrechamente compenetradas, una en función de la otra en sentido ascensional. Miremos primeramente la cara frontal del espejo. En ella vemos al Zulueta magisterial. El auriga platónico es aquí el maestro.

El maestro

La dinámica de la cultura comprende dos momentos esenciales: su creación y su transmisión. Zulueta era en grado eminente un creador y un transmisor de cultura. Sus libros, admirablemente escritos están ahí al margen del tiempo: no envejecen. Son obras clásicas. Como propagador de los contenidos culturales en el campo de la pedagogía Zulueta no tiene par. No solamente conocía muy bien su *métier*, esto es conocía a fondo lo que enseñaba sino que transmitía sus conocimientos en la clase con un arte insuperable. Era un artista de la palabra. Tanto que a veces el placer estético que producían sus clases alejaban la atención del contenido de sus lecciones. Pero lo que se perdía por un lado se ganaba con creces por el otro. Porque son profundas y ciertas las palabras de Beethoven a Bettina von Arnim: «el efecto del arte es prender fuego en el alma del varón».

Como todo gran profesor Zulueta presentaba el curso de las ideas pedagógicas a lo largo de la historia en estrecha conexión con la totalidad de la cultura. Sus preferencias, quizás Froebel, Rousseau, Comenio, Pestalozzi, reflejaban los valores de su personalidad. Nada esencial en Froebel que no esté en Fichte: el primado de

la acción, de la acción moral; de Rousseau que conocía profundamente (fue el tema de su tesis doctoral) destacaba la *volonté générale* que es el fundamento de toda sana democracia. El hombre no ha encontrado todavía nada mejor que el régimen de mayorías. Pero Zulueta tenía clara conciencia que la democracia sólo funciona bien cuando el pueblo posee una elevada educación; Zulueta vibraba de entusiasmo al hablar de Comenio. Diríase que presentía que algún día también él sería, como el pedagogo moravo, un peregrino del mundo. El afán, la pasión de Comenio era reducir la pluralidad a la unidad, del mundo a Dios, del alma a Jesucristo como dice Spranger. De la pequeña unidad de los hermanos bohemios a la gran unidad de la Humanidad entera. Comenio es un hombre de hoy: de Comenio a Krause, de Krause a Sanz del Río y de Sanz del Río a Francisco Giner de los Ríos y los hombres de la Institución Libre de Enseñanza. Y junto a todos los miembros de tal ilustre institución el mismo Luis de Zulueta. Si bien Pestalozzi bebe también en las fuentes fichteanas en cierto sentido es opuesto a Comenio. Pestalozzi goza escuchando la pulsación del pueblo. Escribe: «Quien no ama al pueblo no es digno de sí». Zulueta amaba al pueblo y también a la Humanidad. Saltaba de España a los pueblos de habla española y después al vasto mundo. Sin ponerlo en palabras tenía el mismo sentimiento que mi gran profesor alemán Werner Sombart, el Zulueta de la Sociología y Economía Política:

Humanidad sin nacionalidad es vacía
Nacionalidad sin Humanidad es ciega³⁹.

Este modo de pensar en que las partes cooperan con un todo orgánico está cerca de la mística de San Juan de la Cruz. Éste era el ideal de Luis de Zulueta. Es el mismo que intenta realizar las Naciones Unidas.

Sentía una honda devoción por Pestalozzi, por su simplicidad y por su modestia. También Don Luis era un hombre modesto. Modestia como la de Antonio Machado aparejada con orgullo y una conciencia adecuada de sí mismo. Siempre he creído que pensaba en España y en el español cuando repetía aquel pensamiento de Pestalozzi que está grabado con letras de fuego en mi médula espinal: «todo aquello que nos hace libres y no nos da control sobre nosotros mismos es perjudicial». Este pensamiento me hace saltar al otro lado de la valla y escuchar a Segismundo:

Todo me parece injusto
yendo contra mi gusto.

Zulueta aborrecía como todos los hombres de la Institución el *despotismo de la libertad* tan vivo en España, esto es, el desorden, la arbitrariedad, la licencia, la anarquía, la dictadura, la corrupción... Sólo el control de las pasiones y la obediencia a la justa ley nos da libertad moral.

Zulueta era un magnífico profesor pero su actividad escolar iba mucho más allá de suministrar información a sus alumnos: tenía la capacidad de formar un carácter, la fuerza de determinar el curso de una vida, el poder de modelar el

³⁹ SOMBART, Werner: *Von Menchen*, p. 276.

destino de un discípulo. En una palabra, era un gran maestro. El maestro es el educador, el formador de hombres. Su principal interés no era el saber sino hacer de un hombre lo que antes no era. Zulueta poseía aquel poder carismático que hace de la conducción educativa una gracia de Dios. En una brillante conferencia que pronunció en el Ateneo de Madrid con el título de «El Maestro» y publicada más tarde en las Ediciones de La Lectura Zulueta en realidad se describe a sí mismo. Él es el maestro. Creo que conviene a Zulueta lo que un ilustre inglés dijo de Carlyle: «He is not all the voices, but he is the best maker of men I know». En romance: «Él no es todas las voces, pero es el mejor hacedor de hombres que conozco».

El político

Echemos ahora una rápida mirada al lado derecho del espejo de tres caras. En ella se nos aparece Zulueta el político: alto, delgado, cabello negro, nariz aguileña que fijaban los ojos de quien le miraba. Rostro serio, afable, distante. Pulcramente ataviado con traje gris oscuro.

En su *Metafísica* Aristóteles nos participa que el ser se dice de muchas maneras. El político se dice también de muchas maneras. El tipo político aparece en muchas formas. ¿De qué clase de manera era el político Don Luis de Zulueta? ¿Para qué quería el poder Don Luis? ¿Disfrutaba del poder por el poder mismo, para imponerse, para estar arriba de todos? Creo que para Zulueta la política era una especie de alcaloide de la educación, una potente palanca para mejorar a la colectividad imponiéndole su propia orientación valorativa, su ideal de vida. Ejerció su función política como diputado, ministro de Estado y embajador. Carecía de los rasgos característicos del político corriente. No falseaba la verdad para intensificar su poder, nunca hubiese querido regir si para ello hubiese tenido que romper la ley, nunca usó el poder para enriquecerse. No tenía una naturaleza combativa, ni un espíritu ambicioso sino que era un organizador y un conductor de hombres. Había nacido para ayudar a los demás, para servir, para arreglar, para componer. En una palabra: era un diplomático. Creía que la libertad era el valor político más alto: libertad de acción, libertad de la voluntad y libertad íntima, es decir libertad para el cumplimiento del deber. Zulueta hablaba con frecuencia de esta libertad moral y nos decía que en realidad era la única que él necesitaba. Véase cuán cercano está aquí el político del educador. Una vez nos leyó en la clase esta frase de Séneca: «ser libre es servir a Dios» a lo cual él añadía «el ayudar a los demás a ser libres es también servir a Dios». Así entendía Zulueta su función política.

[El hombre de pálida sensualidad]⁴⁰

Miremos al fin el lado izquierdo de nuestro espejo de tres caras. Muy velada aparece aquí la imagen de Zulueta representado su sensualidad en tono menor. Es

⁴⁰ Este epígrafe no aparece en el original manuscrito aunque pensamos que, de acuerdo con su planteamiento inicial, conviene señalar aquí esta tercera dimensión de su personalidad.

la capa de la personalidad muy ligada al cuerpo en la que arraigan las necesidades y apetencias vitales: hambre, sed, sexo. Vi la palidez de los sentidos de Zulueta en Berlín cuando él era embajador de España en Alemania. Alguna vez el embajador me invitaba a cenar en el jardín azotea del Hotel Edén uno de los mejores de la capital alemana. En una noche tibia de verano cuando yo, siguiendo el buen consejo de Julio Camba de escoger el plato más caro cuando somos huésped de un generoso anfitrión, saboreaba una langosta a la Newburg cuando entraron en el Restaurant dos hermosas damas, una rubia natural y otra con pelo color de ave-llana. Don Luis me dijo enseguida: la rubia estuvo esta mañana en la embajada: es Brigitte Helm de la UFA⁴¹. Después de las presentaciones de rigor bailé con las dos damas que parecían dos plumas moviéndose en el aire. Pasé una noche deliciosa. Cuando las damas se marcharon le dije a Don Luis: ¿Por qué no ha bailado Vd.? No sé, nunca bailé —me contestó con un deje de tristeza. Don Luis nunca había bailado, ni fumado, ni esquiado, ni nadado. Nunca había dado satisfacción plena a sus sentidos. Recuerdo que aquella noche hablé largo sobre la satisfacción de las necesidades tendiendo siempre, aunque en mi caso no fuera verdad, a la *sophrosine* platónica. Don Luis me dijo que no se trataba de templanza sino de inhibición de deseos y apetencias. La vida de Don Luis era una vida de sacrificio: estaba condenada a subir espiritualmente sin cesar. Esto es bueno: «Wer streben sich bemüth den können wir erlösen», es decir: quien se aferra en superarse a sí mismo se salvará.

Tanto como ya lo dijo Platón: hay que gozar de los sentidos con moderación, con templanza.

Un rayo de luz que venía de dentro transfiguró las tres caras del rostro de Don Luis y con voz queda me recitó aquellas conocidas palabras del Ángel al final del Fausto:

«Wer streben sich bemüth den können wir erlösen», palabra que yo repetiré en español

«A quien se afane en superarse a sí mismo le podremos salvar»

Así sea.

Juan Roura-Parella

⁴¹ La UFA fue creada en 1917 con fines propagandísticos al servicio de la idea de germanidad durante los difíciles años de la Primera Guerra Mundial. Durante la década de los años veinte los estudios de la Universum Film AG (UFA) optaron por criterios más artísticos de corte expresionista convirtiéndose en los más grandes de Europa. En ellos se rodaron excelentes películas (*El gabinete del Dr. Galigari*, *Nosferatu*, *Siegfried*, *Metrópolis*, etc.) que constituyen una de las páginas más significativas de la cinematografía europea.